



TODO EMPEZÓ EN EL MERCADO CENTRAL DE VALENCIA

Enrique Medina Fernández

Mi abuelo jugó fuerte en el año 1928 e invirtió sus ahorros en una pescadería del Mercado Central de Valencia. Con mucho esfuerzo y tesón logró sacar adelante el negocio, hasta que la Guerra Civil terminó temporalmente con aquel proyecto. En 1940 pudo volver a abrir el negocio, y pese a ser momentos muy difíciles, en poco tiempo abrió otras dos pescaderías más y un restaurante, pionero de los quince que con la misma

enseña actualmente existen por la geografía española.

Mi abuelo quiso que mi padre estudiase la carrera de económicas, pero también que se empapase bien del día a día, de los secretos de la Lonja, de las relaciones con los clientes y empleados, negociación con proveedores de restaurantes, etc. Tuve que seguir la tradición, sin importar lo que yo pensaba, y trabajar durante los veranos e incluso algunos fines de semana en los negocios para conocer todos los secretos y así poder dirigirlos mejor.

A los 14 años, uno de los mejores equipos de fútbol de España me llamó para incorporarme a sus categorías inferiores. La tragedia familiar fue de las que hacen época, mi padre negándose a firmar la autorización, mi abuelo amenazando con desheredar a mi padre si la firmaba, y finalmente mi madre dijo que ya estaba bien de tonterías y culpó a mi padre de haber sido muy blando conmigo.

Evidentemente no pude fichar por aquel equipo y desde aquel momento decidí que el rumbo de mi vida lo decidiría yo, y nadie más que yo. Aún faltaban cuatro años para la mayoría de edad, tiempo suficiente para tener las ideas claras sobre mi futuro, muy probablemente lejos de Valencia, y sobre todo del Mercado Central.

Tenía dos opciones, declararme en total rebeldía, no estudiar, entrar en continuo conflicto con la familia o actuar como si nada hubiera pasado y seguir siendo el hijo ejemplar. Opte por esta última posibilidad, para prepararme lo mejor posible con vistas a la 'independencia'.

Los cuatro años pasaron sin darme cuenta. He de reconocer que desempeñé tan bien 'el papel' de chico estudioso, aplicado, involucrado en los negocios familiares, que mi rabia contenida se esfumó, y sin darme cuenta estaba inmerso en la vida que me habían diseñado.

Mi existencia se volteó por completo el día que conocí a María, una chica con la sonrisa más bonita que había visto, alegre, guapísima... La chica ideal si hubiera pertenecido a mi 'sociedad', como decía mi abuela, digna de mí.

María era hija de Abilio, otro comerciante del Mercado Central de Valencia, pero era solo eso, un señor con un puesto con el que sacar lo justo para una vida sin excesivas alharacas, y costear con mucho sacrificio los estudios de su hija, que siempre que tenía un momento estaba ayudándole en el puesto. En familia, al principio, incluso hizo gracia que tontease con ella. El día que cumplí veinte años, mi familia había preparado una fiesta impresionante, en nuestro restaurante más emblemático, con las familias más representativas de la alta sociedad, incluidas sus hijas con edad similar a la mía. Cuando mis padres se enteraron que venía María, hicieron todo lo posible para impedirlo,

pero en esta ocasión me mantuve firme y no lograron doblegar mi voluntad.

El ambiente fue tan tirante, tan irrespirable, tan coactivo, que esa noche comprobé que jamás sería yo si continuaba bajo la dictadura familiar. María, para evitar el conflicto en ciernes, se alejó de mi vida, no quería verme, pero ante mi contumaz insistencia y la mediación de mi hermana Vicenta, regresó a mi lado.

Con los escasos ahorros que tenía, el mínimo bagaje profesional y el miedo a lo desconocido, marché junto a María hacia Madrid para comenzar nuestra vida en común, lejos de Valencia donde hubiera sido hartamente complicado.

Con mucho sacrificio, sacamos a flote un pequeño bar de menú del día, que fue la primera piedra de nuestro castillo de ilusiones. En dos años abrimos otro más grande y éste ya con más pretensiones culinarias. En cinco años, ya eran cuatro nuestros locales y tras inaugurar el último, decidimos parar un tiempo y dedicarnos el uno al otro. Tanto nos dedicamos que a los nueve meses llegó Carmen a nuestras vidas, y su nacimiento fue la espita para que nos planteáramos casarnos y tener unos papeles, que no hacían falta entre nosotros, pero totalmente necesarios para no tener problemas en el futuro ante cualquier eventualidad.

En el ayuntamiento nos acompañaron los padres de María, su hermana Pepi, amigos comunes, y mi hermana Vicenta que, tras la boda, nos acompañaría a Madrid como responsable de recursos humanos de nuestra empresa, provocando otro cisma familiar. Regresé a los pocos meses para asistir al sepelio de mi padre, fallecido por un infarto de miocardio, sin imaginar que tendría que quedarme en Valencia durante mucho tiempo.

Al ver entrar en el crematorio la caja donde reposaba para siempre mi progenitor, mi cabeza, aún no se bien porque, hizo crac. Infinidad de recuerdos rebotaban en mi cabeza, salí a que me diera el aire, comencé a caminar sin rumbo, hasta llegar al coche y como un autómatas arranqué hasta llegar a Alicante, donde parece ser que perdí el conocimiento en mitad de la calle. Al despertar, en el hospital, no sabía quién era, ni que hacía allí. Una mujer joven, guapa, dormitaba en el sofá de la habitación. Me dijo

que era María, mi mujer, pero no era capaz de entender quién era.

Transcurrió una semana y comencé a agobiarme en aquella habitación, me faltaba el aire, me asfixiaban el continuo ir y venir de médicos, enfermeras, y de la chica que decía que era mi mujer. Aproveché un momento en que se fue a comer para vestirme y escaparme del hospital. Tras varias horas perdido, llegué a la estación de Renfe, comprobé que en la cartera mantenía dinero y compré un billete para Málaga, sin saber por qué. Durante varios días vagué por la ciudad, durmiendo en la playa, comiendo en albergues, hasta que una patrulla de la policía municipal me recogió y me llevó al hospital Carlos Haya, donde tras varias horas en urgencias, llegó María, con nuestra hija Carmen, acompañadas por mi madre, mi hermana Vicenta y ¡Lino! el ya viejo perro de mis padres, que en su momento fue más mío que de ellos. El animal se abalanzó sobre mí, lamiéndome la cara, las manos, llorando, agitando su rabo de tal manera que parecía que se le rompería en cualquier momento. Las caricias de Lino lograron lo que los médicos no pudieron: revertir los mecanismos de mi cabeza, y recuperar la normalidad.

Me recomendaron unos días de reposo y María, con buen criterio, quiso que fuera en Valencia, donde estaría más tranquilo y relajado que en Madrid. Esta decisión fue trascendental para nuestras vidas, porque volví a recuperar la relación con mi madre y dejamos abierta la posibilidad de hacer un estudio de viabilidad para unificar nuestros negocios.

Al regresar a Madrid todo transcurrió con normalidad durante un mes. Poco a poco comencé a percibir olores, sonidos, e incluso alguna presencia que solo yo era capaz de notar. Fui recluyéndome en mi interior, hasta casi dejar de comunicarme con el resto de las personas, un ser huraño, huidizo como las alimañas del monte ante la presencia humana.

María, desde el principio, puso a mí madre al corriente de mi paulatina transformación, y de vez en cuando viajaba a Madrid, acompañada del cada vez más renqueante Lino, a ver si volvía a obrarse el milagro. Tras varios ‘conclaves’, decidieron ponerme en manos de un reconocido psiquiatra. Me negué con toda la vehemen-

cia que mis escasas fuerzas permitieron. Mi protesta fue en vano, y sin darme opción, me llevaron de ‘vacaciones’ a una conocida casa de reposo en Valencia. Podía estar loco, pasado de revoluciones, lo que quisieran, pero mi mayor sufrimiento fue que pensarán que estaba tan idiota que no me enteraba de nada, y me tratarán como a un niño cuando comienza a caminar. Tomé la decisión más cómoda: darles la razón y dejarme llevar.

Comencé a tener experiencias que al principio me dieron verdadero pavor, hasta que mi fallecido padre apareció ante mí para tranquilizarme y decirme que no me preocupase, que era una experiencia necesaria para lo que me deparaba el futuro y a la que tan solo unos pocos elegidos tenían acceso. Tras este ‘incidente’, me derrumbé agotado. Al despertar estaba rodeado de toda la familia, incluido Lino, con su cariñosa actitud. Me dijeron que había estado dormido siete días; dormido, no en coma, como pensaron en un primer momento. El psiquiatra nos dijo que estaba totalmente curado, que no podía decir a ciencia cierta que me había sucedido, ni como había sanado:

‘Es algo sobrenatural, se me escapa, nunca había visto un caso con un diagnóstico tan difícil, ni una curación tan rápida’.

María pensaba que todo era producto del estrés que llevaba acumulado durante estos años, y me ‘regañó’ por hacerme el duro, el fuerte, el incansable. Recuperé todas las rutinas y me incorporé a la vorágine que rodeaba nuestras vidas. Por la recaída se aplazó la unificación de nuestras empresas. Transcurrido un tiempo prudencial, volví a Valencia para estudiar la viabilidad del proyecto. No puedo explicar porque al entrar en Valencia, me dirigí como un autómatas hasta el Mercado Central. Era como si el coche hubiera tomado vida propia y hubiera decidido el trayecto.

Al principio no tuve valor para acercarme a la pescadería familiar. Tras un rápido vistazo decidí irme y cuando estaba acercándome a la puerta, alguien me agarró fuertemente del brazo y me llevó frente al negocio. Lo extraño es que ese alguien no era visible, aparentemente no había nadie, pero ¡claro que lo había! Me dejó el brazo tan dolorido, que no tuve más re-

medio que levantarme la manga de la camisa y comprobar el inmenso cardenal que me había producido la presión de ¿la mano?

Parado frente al mostrador en el que tantas veces estuve, no podía articular palabra, hasta que Rogelio, el encargado, me sacó de mi ensimismamiento al preguntarme por mi salud. Quise marcharme, pero la imagen de mi padre, en una esquina, cuidando con su celo habitual que todo estuviera en orden, me impidió moverme. No era una alucinación, no ¿era mi padre; con la misma ropa que tenía en el velatorio. En ese momento supe que no marcharía hasta que cumpliera los objetivos que tenía para mí.

Es evidente que nadie supo lo acaecido esa mañana en el Mercado Central porque hubiera vuelto en menos que canta un gallo a la casa de 'reposo'. Comí con mi madre y por la tarde, en la sala de reuniones, comenzamos a negociar los primeros puntos de la fusión. Allí estaba mi padre, en la silla que siempre ocupó, y que permanecía vacía en su honor. Cuando habló Ramírez, hizo ostentosos gestos de desaprobación, quizás demasiado evidentes, porque por un momento, el citado Ramírez calló y todos los presentes miramos hacia la silla vacía. Me estaba diciendo que no me fiase de ese hombre. Curiosamente, nunca me había gustado.

Con la excusa de salir al baño, hablé con el informático, mi amigo desde los cinco años, para que hiciera una copia de todos los documentos que guardaba Ramírez en los ordenadores. Al volver a la sala mi padre sonreía. Esa noche regresé a la sede, y personalmente registré minuciosamente su despacho. Con la documentación que conseguí, más la información que me proporcionó el informático, acudí a casa de mi madre para comentarle lo que había averiguado. Pese a lo intempestivo de la hora, llamó al abogado. Los acompañé a la comisaría de Ciutat Vella, donde interpusieron la pertinente denuncia.

No hizo falta mucho tiempo para saber que todavía tenía algún trabajo encomendado, antes de la reunificación empresarial. Mi padre dirigió todos mis pasos. Tras la reunión, me encaminó al Portalet, el local más emblemático del grupo. Estaba cerca, y decidí, (decidió por mí), que fuera dando un paseo. El aire que acariciaba mi cara me proporcionaba una gratificante

sensación de vida, de bienestar, que hacía mucho tiempo que no sentía.

En el local pasé totalmente inadvertido, por lo que pude observar con detenimiento el trabajo de los empleados de sala y barra. En principio parecía satisfactorio, estaba a punto de marcharme, cuando observé que un camarero de barra, no sacó ticket y llevó la cuenta, a un grupo bastante grande, en una hoja de comanda. Desde la distancia, a vuela pluma, conté unos 200 euros. Lo grave es que marcó 50 en caja y se guardó el resto. Sin perderle de vista, solicité la presencia del encargado del local y le expliqué lo sucedido. Tras comprobar la veracidad de mi relato, llamó a la policía.

Estoy convencido que mi padre supo todo lo que ocurría alrededor del negocio, no pudo resistir el impacto, y le partió el corazón en mil pedazos. Es evidente que la corporación se tambaleaba en las arenas movedizas de la corrupción.

Con el permiso del Consejo de Administración, presidido provisionalmente por mi tío Ricardo, en seis meses logré que este inmenso trasatlántico comenzara poco a poco, a enderezar el rumbo. Las apariciones de mi padre fueron distanciándose cada vez más, hasta el día en que la 'cruzada' terminó. Estaba terminando de comer en el Portalet, cuando noté un fuerte calor a mi lado, giré la cabeza y allí estaba, a mi lado, con los ojos humedecidos por el llanto, me abrazó como siempre hacía, y desapareció mi padre y el calor. En ese momento comprendí que me daba la bendición para que aunara las empresas.

Tras un año de arduo trabajo, sin tener fijada la residencia ni en Valencia, ni en Madrid, la fusión tuvo lugar de modo satisfactorio. Logré convencer a mi hermana Vicenta para que aceptara ser la nueva presidenta del grupo. Era la persona idónea por su capacitación, su personalidad, su intuición y la perseverancia a la hora de conseguir objetivos que tienen las mujeres, mucho más constantes que nosotros. Vicenta solo puso una condición: La vicepresidencia recaería en María, mi mujer.

Antes de que Vicenta accediera al cargo, me reuní con el detective y el auditor que contraté para cerciorarme de que la empresa se quedaría más limpia que una patena, y tras comprobar que todo estaba correcto tanto a nivel humano,

como económico, Vicenta tomo posesión en un acto que quise que fuera un homenaje a mi padre, a mi abuelo, a todas las personas, familiares o no, que habían puesto su granito de arena, a que aquella pescadería creada en 1928 en el Mercado Central de Valencia hubiese sido el germen de una gran empresa, la Corporación Fabrè&Alapont.

En una esquina del salón de actos, vi aparecer a mi padre, junto a su fiel Lino, que nos había dejado unas semanas atrás. Se fueron acercando hasta colocarse junto a mi madre, que, por la expresión de su cara, también los vio. Tras las manidas palabras que se dicen en este tipo de actos, y los consabidos aplausos, nos trasladamos a inaugurar el nuevo local, el Restaurante Lino, en honor a nuestro querido perro, donde dimos cuenta de un apetitoso menú típico de nuestra región, acompañados de amigos, 'ilustres' y gorriones que se suelen apuntar a este tipo de actos.

Mis hijas Carmen y Vicenta, mi sobrina Àngels, han seguido el mismo itinerario que mi hermana y yo, con una sustancial diferencia: sus estudios en prestigiosas universidades europeas, que las proporcionan un nivel académico de mucho nivel. Se han ido incorporando paulatinamente y conocen a casi todas las personas de la Corporación por su nombre.

Estoy cansado, me duele la vida, mi cabeza de vez en cuando tiene episodios oscuros que con muchos esfuerzos logro ocultar, para no interferir ni entristecer a mi mujer e hijas- Logro superar estas crisis con la ayuda de mis padres y

Lino. No puedo contar esto porque me tomarían por loco y volvería a ser cliente de 'las casas de reposo'.

Cada vez estoy más débil y considero que ha llegado la hora de la sucesión, aunque mi hermana no está totalmente convencida, acepta que me vaya desligando en la misma proporción que Carmen y Vicenta se incorporen. Calculo que en un año podré dejar definitivamente la empresa, y dedicarme a no hacer nada relacionado con lo hecho durante tantos años.

Cada vez son más frecuentes y más difíciles de ocultar mis crisis. Lo peor es que mis padres y Lino ya no vienen a mi rescate. Quizás lo hagan para que no me deje ir e intente evitar estos episodios, o quizás estén preparando el reencontro. Mi hermana me llamó el otro día para ofrecerme la presidencia honoraria, lo que supone acudir de vez en cuando a determinados actos publicitarios, benéficos o corporativos. Vicenta me conoce bien, es posible que se dé cuenta de mi problema y quiera proporcionarme algo que ocupe mi maltrecha cabeza,

Tras consultarlo con María, decidimos agradecer a mi hermana su interés por mi bienestar, pero consideramos que la jubilación significa no tener obligaciones, solo ocio y relax. Desde hace tres meses, la única relación con la Corporación se reduce, cuando estamos en Valencia, a acudir al Mercado Central a comprar pescado. Muy de vez en cuando, allí o en Madrid, acudimos a alguno de los restaurantes del grupo, casi siempre en compañía de mis hijas, mi sobrina y mi hermana.

Ilustración: Pablo Moncloa

